archiduque Francisco Carlos, se mantiene al pie del lecho y, detrás de él, los demás miembros de la familia imperial. María Luisa, un poco apartada, se apoya en una silla. Todos se arrodillan mientras el sacerdote da el sacramento.

Franz murió el 22 de julio de 1832, sin haber visto de nuevo a Sofía.

I

MAXIMILIANO

CUANDO SOFÍA, todavía encamada, tiene noticia de la muerte de Franz, se siente trastornada. Durante muchas horas queda sin conocimiento. Bajo el golpe de la emoción, su leche se agota, lo que le provoca intensa calentura. Su vida está en peligro. Después, lentamente, se recupera. Pero cuando se levanta, ya no es la misma. Ya no se reconoce a aquella joven graciosa, encantadora, que alegraba a la corte. Se hará severa, dura, seca. Poco a poco toma la máscara de una mujer enérgica, autoritaria, incluso tiránica; la de la "terrible archiduquesa" temida de todos.

Al presente, tiene dos hijos que educar e ideas muy personales acerca de la educación. Para aplicarlas, encontró una colaboradora capaz de comprenderla, la baronesa Sturmfeder. Esta muchacha célibe que pertenece a la aristocracia de Suabia, nació en una familia rica en hijos pero pobre en dinero, y perdió a su novio en el curso de las guerras napoleónicas; gracias a su madrina, la condesa Stadion, obtuvo el puesto de *oberstrofmeisterin* que le vale el título de Excelencia, la dirección de un regimiento de amas de llaves y de camareras y, cosa más importante, la de los hijos del archiduque Francisco Carlos.

La llaman *Aga,* de una palabra portuguesa que significa "tía, tiíta". Esta mujer, de tendencias autocráticas, está por lo demás perfecta en el papel que se le ha asignado. Si tiene autoridad, posee también cualidades de bondad y de inteligencia. Tiene principios de educación muy diferentes en algunos puntos de los de su tiempo, muy avanzados a su época. Así,

en contra de la opinión de sus contemporáneos, no cree que "las enfermedades del pecho", tan temidas, sean provocadas por el frío, y ensalza los beneficios del aire libre, de los ejercicios físicos. Les tiene horror a los vestidos calientes superpuestos y desconfía de los médicos.

Para ella, un archiduque debe ser educado como no importa cuál otro muchacho. Debe saber arreglárselas solo. Si cosecha algunos golpes, tanto mejor; esto le enseñará a vivir. En lo cual comparte los puntos de vista de Sofía, la cual juzga ridículo mantener en los hijos imperiales una alta idea de su importancia, e impedirles tener contactos con la realidad que pueden formar su juicio.

Aga ha tomado en sus manos al pequeño Francisco José, a quien educa rudamente al mismo tiempo que lo adora. Lo considera como su *own boy,* su propio muchacho. También acoge a Maximiliano muy mal: a la verdad, como a un intruso. Y tanto más mal, cuanto que se da cuenta pronto que Max es mucho más hermoso que su "Franzi". Instintivamente, el muchacho siente esta preferencia. Naturaleza sensible, melancólica, se siente lastimado por ello. "Si Aga me quisiera tanto como a Franzi", murmura. A los tres años, en una explosión de ternura celosa, le dice un día a la baronesa: "Aga, te quiero tanto como quieres tú a Franzi". Estupefacta, casi conmovida, la aya se suaviza. Max la ha conquistado. Como conquista a todo el mundo en la corte, de la que es el ídolo. Este muchachito pálido, de cabellos rubios y rizados, de ojos azules muy dulces, de rasgos finos, es, dice la princesa Radziwill, "encantador, amable, fascinante". Y nadie se resiste al atractivo que ejerce.

Adora a su hermano mayor; sin embargo, sufre por ser el segundo. Las bromas, para él, toman forma de humillaciones. Si acarician a Franzi, cree que a él lo descuidan. Poco a poco se afirma en él el deseo de probar que es superior a su hermano. "Debo ser mejor y más grande que Franzi, y lo seré", declara.

A medida que crecen, los dos niños toman un rostro muy diferente. Franzi se muestra ordenado, metódico; rehúsa irse a la cama sin antes haber puesto de nuevo en orden sus juguetes; insensible a todas las formas del arte, no aspira sino al oficio militar, en tanto que Max revela un temperamento soñador, apasionado por la lectura, la música, la pintura. Un día visitando una exposición, admira un cuadro de Dillingen. "Nadie lo comprará, observa Aga. Trescientos florines es muy caro".

—Yo lo compraré —declara Max, que tiene siete años.

—¿Usted? ¿Cómo? No tiene dinero.

—Sí. Tengo ciento veinte florines; pagaré el resto poco a poco. Le pediré a mamá un árbol de Navidad con un billete de diez florines pegado a cada rama.

—¿Qué conoces tú de pintura? —pregunta Francisco José, burlón.

—Tanto como tú.

El mayor mira con desdén a su hermano menor. A él no le interesa el arte.

—Esos cuentos... —dice con tono de desprecio.

Por lo demás, los dos hermanos se entienden muy bien. Cuando Max, a los cinco años, tiene los orejones, se le aísla en una recámara, y todos los días Franzi le envía un dibujo acompañado de una carta para distraerlo, "mientras espera la dicha de estar juntos". Le cuenta los acontecimientos de su vida infantil, por ejemplo, el regalo que le hizo su abuela de una fortaleza con soldados de cartón que se puede bombardear y demoler con un pequeño cañón. Y también los cuentos que le han leído: piratas, babuinos, orangutanes, ilustrados con sus propios dibujos, caballos, coroneles y niñeras inglesas, que son otros tantos temas del más vivo interés tanto para Max como para él.

Cuando los niños están en Schoenbrumm, ambos se dan un atracón. Hay allí una casa de fieras, un jardín botánico que contiene plantas raras, y sobre todo una escuela de equitación. Max y Franzi se convertirán ambos en apasionados del caballo. Aquí son felices, aun cuando sometidos a un régimen de una sencillez espartana. Durante todo el día permanecen fuera, incluso se come en el parque. Poco les importa que reine un frío glacial incluso en verano en este inmenso castillo de mil cuatrocientas habitaciones. Poco les importa el desorden, la suciedad, los olores nauseabundos de su apartamiento. Para ellos, es el paraíso.

*
* *

A los seis años, los archiduques pasan a la dirección de los hombres. Maximiliano tiene su preceptor particular: Timoteo Ledochowsky. Pero fue el conde de Bombelles quien, en 1836, fue designado para dirigir desde arriba la educación de los príncipes imperiales. Este conde Heinrich Bombelles, nacido en Francia, ha hecho carrera en el ejército austriaco. Metternich fue quien lo propuso. ¿Por qué? Lo dirá él mismo más tarde:

"Pongo al conde de Bombelles en el número de aquellos pocos hombres que, según sus inclinaciones innatas, pensaban como yo, veían como yo y querían lo que yo quería". Sabía el canciller, pues, que Bombelles educaría a los niños como él lo esperaba. Sofía desaprobó esta elección pero debió inclinarse, ella, que, con frecuencia, osó desafiar al terrible Metternich. ¿No se murmura que éste sabe a qué atenerse respecto del nacimiento de Maximiliano?

El empleo del tiempo dictado por Bombelles, es cargado. El régimen es severo: levantarse a las seis de la mañana, invierno o verano. Desde la edad de siete años, Maximiliano tiene treinta y dos horas de cursos por semana, y poco después cincuenta y cinco: escritura, geografía, historia, dibujo, cálculo; a la enseñanza del alemán se añade la de las lenguas clásicas, base de toda cultura, la de las lenguas vivas, francés e inglés que debe conocer todo aristócrata, y finalmente la de las lenguas de la monarquía: italiano, húngaro, polaco, indispensables a un archiduque. A medida que el niño crece, otros asuntos se introducen en el programa: derecho, matemáticas, diplomacia. Pero el valor de la enseñanza es de los más mediocres. Se contentan con una enumeración de hechos. "Es una mescolanza insípida y vulgar". Ninguna idea de conjunto, ningún esfuerzo para suscitar, en el alumno, un juicio personal. Únicamente la instrucción militar tiene calidad. Maximiliano, al decir de sus maestros, está bien dotado. Absorbe todo con facilidad.

Por lo que atañe a la educación religiosa, Bombelles tiene ideas precisas: prohíbe, por ejemplo, el uso del rosario, porque según dice, "tales prácticas conducen fácilmente a un fetichismo supersticioso y a la oración maquinal sin alma ni comprensión". Aparta resueltamente la superstición "porque es el límite del miedo y de la debilidad".

Las cosas serias no excluyen la práctica de la danza, de la esgrima, de la natación, de la gimnasia, de la equitación. Bombelles les da gran importancia a los ejercicios físicos.

De todos los deportes, Maximiliano prefiere la equitación. Muy pronto se convierte en un caballero intrépido e incluso temerario. Galopa en los bosques, en el campo en derredor de Schoenbrunn con una especie de embriaguez. "Ir al paso, dirá, es la muerte; al trote, es la vida; al galope, la felicidad". Cuando, adolescente, es llevado por su caballo, tiene una idea de lo que sería "la delicia de volar", la sensación, "de ya no pertenecer a esta pobre tierra". Lo que lo lleva a la convicción de que un día el hombre vencerá al espacio. Su imaginación

lo arrastra hacia el porvenir. "Auguro cosas maravillosas de los ensayos de vuelo, y si alguna vez la teoría de los globos se convierte en realidad, me consagraré a viajar por los aires y estoy seguro de que allí alcanzaré el más alto grado de gozo", escribirá más tarde.

Por el momento, este niño soñador y ya poeta, se apasiona por la geografía que le enseña el buen abate Mislin. Los hermosos libros que figuran en la imponente biblioteca del castillo, llenos de imágenes, ilustran las lecciones del profesor. Imágenes que suscitan en Maximiliano el deseo de ir a visitar países lejanos que crean en él una tendencia al exotismo.

Cuando cumple sus nueve años se le hace el regalo de un pequeño pabellón cubierto de rastrojo. Lo decora con armas y con ramaje, a la manera de las tribus salvajes. Lo ha colocado en el jardín privado de la archiduquesa, no lejos del sitio para jugar a los bolos donde Reichstadt, en la declinación de su vida, pasó tantas horas rodeado de la ternura de Sofía, circundado de los fantasmas de su infancia y de las aspiraciones de su juventud. Por las tardes, Maximiliano enciende allí fuego. Una piedra sirve de ídolo, y una piel de boa, suspendida de las ramas de un árbol, evoca los bosques vírgenes. Pasa horas en ensoñación tendido en una hamaca, imaginando las comarcas fabulosas descritas en los libros. Un papagayo verde, regalo de su tía María Luisa, la viuda de Napoleón, completa la ilusión.

En el año de 1845, cuando cumplió trece años, hizo su primer viaje. Bajo la vigilancia de los preceptores, Francisco José, Maximiliano y Carlos Luis, tercer hijo de Sofía, nacido en 1836, parten para Venecia de donde se dirigen a Trieste en barco. Este primer contacto con el mar encanta a Maximiliano que decide convertirse en marino.

*
* *

1848: la revolución sacude a Europa. En el seno del imperio de los Habsburgo, las nacionalidades, despiertas, están listas para la rebelión. En Hungría, Széchenyi, Deak, Kossuth, reivindican la autonomía. En Bohemia, Kollar, el poeta, proclama la unión de los eslavos de la monarquía contra la opresión germana. En Viena, otro poeta, Grün, reclama "la libertad bajo la protección de las leyes". Los estudiantes, los libreros y los comerciantes redactan una petición que exige la abolición de la censura, una constitución que comporte la repre-

sentación nacional y la libertad de prensa. Los estudiantes llevarán esta petición el 13 de marzo al Hofburg, lo que provoca un conflicto con la policía. Reina un clima de motín. Los concejales le van a decir a Metternich: "No tenemos nada contra vuestra persona, príncipe, pero todo contra vuestro sistema". Bajo la presión de la revuelta, el canciller debe inclinarse. Su casa ha sido incendiada, y el 15 de marzo huye escondido en un carro de lavandera.

El emperador Fernando cede en primer lugar. La situación es grave. A la revuelta checa y húngara se une la de la Lombardía Véneta sostenida por el rey de Cerdeña Carlos Alberto que entra en campaña contra Austria. Invadido, Fernando les concede a los húngaros y a los checos ministros particulares; y a los austriacos, una constitución, el sufragio universal y el nombramiento de un Reichstag constituyente. Después va a refugiarse a Innsbruck. Sofía y sus hijos lo acompañan. La archiduquesa está indignada por la debilidad de Fernando. En cuanto a ella, "soportaría mejor, dice, la pérdida de uno de sus hijos que la vergüenza de someterse a la masa de estudiantes".

En agosto la familia imperial regresa a Viena. ¿Se ha encontrado de nuevo la paz? Podría creerse por las aclamaciones que los acogen. Pero empiezan de nuevo muy pronto los disturbios, porque los estudiantes y los liberales juzgan insuficientes las concesiones que les fueron concedidas. Cuando, el 6 de octubre, se propaga la noticia en Viena de que los regimientos austriacos partirán para reprimir los disturbios en Hungría, los amotinados invaden el hotel del ministro de la guerra, general Latour, y después de matarlo a golpes lo cuelgan de un farol.

Ante la gravedad de los acontecimientos, Fernando y su gobierno abandonan la capital y se dirigen a Olmutz, ciudad fortificada de Moravia. Sofía y sus hijos siguen de nuevo al emperador.

Fernando, ahora, está decidido a emplear el puño fuerte, con gran satisfacción de la archiduquesa. Comisiona al general Windischgraetz para que termine con la revuelta. Viena es bombardeada y luego sometida. El príncipe Schwarzenberg, cuñado de Windischgraetz, llegará en noviembre a las funciones de primer ministro y terminará la represión con medios enérgicos.

Maximiliano, que tiene dieciséis años, está impresionado por todo lo que sucede. Al galope, en caballos de relevo, a la portezuela de la carroza que conduce al emperador, observa y reflexiona. Archiduque, sí, pero también contemporáneo de

esos jóvenes de ideas liberales que le son simpáticos. Cuando se tiene la carga del poder, se dice, es necesario evitar, dejar que la incomprensión se instale, entre el pueblo y sus jefes.

En cuanto a Sofía, maniobra con Windischgraetz para llevar a Fernando a abdicar, a ese Fernando absolutamente incapaz de enfrentarse a la situación. Ambiciosa, inteligente, apasionada por la política, Sofía ve lejos: si el emperador abdica, la corona deberá pasar a su hermano, el archiduque Francisco Carlos. Sofía sabrá muy bien impedirle a "semejante imbécil", a su marido, aceptarla. Entonces, el camino estará libre y abierto para su hijo, Francisco José, que tiene dieciocho años.

Si no es muy difícil obtener la abdicación de Fernando, poco inclinado a conservar un poder que lo abruma, sucede de muy otra manera respecto de Francisco Carlos. ¿No tiene la ocurrencia de resistirse, pretendiendo que su padre no hubiera aprobado que se sustrajera a una tarea impuesta por Dios? Como se empecina, Sofía recurre a los grandes medios. Puesto que Francisco Carlos invoca la voluntad paterna, ella le hará conocer cuál es ésta. Un cortesano acepta desempeñar el papel del fantasma del emperador Francisco. Se aparece una noche en la habitación de Francisco Carlos ordenándole que se retire y que le deje el trono a su hijo Francisco José. Ante este mensaje del más allá, no queda más que obedecer.

Entonces Sofía prepara a Francisco José. En presencia de su marido y del príncipe Schwarzenberg, le anuncia al joven el papel que le espera. "Adiós, juventud mía", suspira éste. Pero no es hora de lamentos. Sofía les hace jurar el secreto a los tres hombres. Y la vida continuará como de costumbre hasta el 2 de diciembre. Únicamente Max tiene la intuición de que se trama algo. Se imagina que Franzi será nombrado gobernador de Bohemia.

*
* *

El 2 de diciembre de 1848, a las ocho de la mañana, por invitación del emperador Fernando, la familia imperial, la corte, los miembros del gobierno, los altos funcionarios y los oficiales superiores en uniforme de gala, se dirigieron al palacio del arzobispo de Viena. Han sido convocados para escuchar "una noticia importante". ¿De qué se trata? De algo extraordinario, seguramente. Pero nada se ha divulgado. La sala del trono está llena a reventar y la curiosidad en su colmo.

Pronto aparecen, tras el primer ayuda de campo, el emperador Fernando que le da el brazo a la emperatriz María Ana. Los sigue el gran mariscal de la corte, luego el archiduque Francisco Carlos, la archiduquesa Sofía y su hijo Francisco José. Vienen en seguida los demás archiduques.

Fernando, de levita como siempre, toma lugar en el asiento episcopal. Reina silencio absoluto cuando se pone en pie para leer una declaración. Su voz es sorda, vacilante. "Razones imperiosas nos han conducido a la resolución irrevocable de renunciar a la corona imperial..." Se detiene un momento. Levanta los ojos, mira a la asamblea. "...Y esto en favor de nuestro bienamado sobrino, S. A. el archiduque Francisco José al cual hemos declarado mayor... después que nuestro bienamado hermano, S. A. el archiduque Francisco Carlos, padre de S. A. el archiduque Francisco José, ha declarado renunciar definitivamente en favor de S. A. su hijo al derecho de sucesión que le toca según las leyes en curso de la dinastía y del Estado".

El primer ministro, Schwarzenberg, da entonces lectura a documentos oficiales, declaración de mayoría de Francisco José, renuncia de Francisco Carlos, abdicación de Fernando.

Entonces, Francisco José avanza. Se arrodilla ante Fernando. "Dios te bendiga", le dice éste con una voz que la emoción hace temblar. "Sé bueno. Dios te protegerá. Me siento feliz de actuar así. En cuanto a mí, me voy de buena gana". Con su mano acaricia lentamente los cabellos del joven.

Así se convirtió Francisco José en jefe de la Casa de Austria. Sofía muestra gran alegría. Alcanzó su objetivo. Ahora ella mandará en los asuntos. Este muchacho, todavía tan joven, tendrá necesidad de ella, de su experiencia, de su energía.

En cuanto a Maximiliano, que acaba de saber la verdad, será de allí en adelante "el segundo". Hasta el momento actual, su hermano mayor y él habían compartido la misma vida, habían trabajado juntos, ligados por la ternura fraternal. Pero ahora se ha abierto un foso entre ellos. Maximiliano no tardará en sentir que ya no es sino el hermano menor del soberano.

*
* *

Maximiliano es seductor: alto, delgado, de porte elegante. Si no es hermoso —el labio austriaco pendiente y el mentón huidizo menoscaban su rostro—, su mirada azul, una mirada unas veces viva, otras soñadora, fascina a las mujeres y encanta al interlocutor. Finalmente, tiene la risa fácil, la réplica pronta

y es amable con naturalidad. En suma, tiene el don de atraerse la simpatía.

Por placer, continúa sus estudios. Al presente estudia filosofía, diplomacia, política. Lo que no disminuye su amor por las artes: pinta, modela, y sobre todo escribe poemas.

Naturaleza de artista, sensible, impresionable, se complace en el ensueño, en la visión poética del mundo. Como los demás jóvenes de su generación, es presa de la fiebre romántica alimentada por una imaginación que lo lleva muy lejos, muy alto, y tanto más cuanto que se opone a la familia, congelada en actitudes pasadas de moda. Su inteligencia abierta, pronta, pero superficial y sujeta a arrebatos, se arrulla con quimeras.

Nobleza de alma, elevación de espíritu, carácter leal, corazón bueno y generoso, todo esto aparece en las reglas de la vida que se ha dado a sí mismo y que se esfuerza en poner en práctica. Las ha escrito en un cartón que lleva y que llevará siempre consigo: se lo encontrará después de su muerte en su bolsa, manchado, usado.

"El espíritu debe dominar al cuerpo, mantenerlo en la justa medida y en los límites de la moral.

"Jamás mentir, ni siquiera por necesidad o vanidad.

"Justicia en todo y para todos.

"Jamás quejarse; es signo de debilidad.

"Pensar en las propias faltas al juzgar las del prójimo".

Reglas de conducta moral, pero también de disciplina física: dos horas de ejercicio cada día y, en caso de enfermedad, aislamiento total.

Finalmente, código de comportamiento respecto de los que lo rodean: tener delicadezas y atenciones con éste, pero nada de chanzas con los subalternos. Mostrarse amable con todo el mundo.

Este joven príncipe está lleno de energía; arde por el deseo de consagrarse a una obra, a una obra útil. Para él "no hay felicidad sino en la actividad". Y éste es su sufrimiento secreto. Es el segundo, el segundo a quien su hermano Francisco José, receloso, aparta, temiendo su inteligencia, su ardor, su seducción, su ambición. Cuando niños, se amaban tiernamente. Pero Franzi se ha convertido en emperador. Ha tomado sus distancias. ¿Y probablemente también habrá adquirido certeza respecto del nacimiento de Max?

Durante la campaña de Hungría —porque Francisco José debió emprender una verdadera guerra para triunfar de los magiares que no han querido reconocerlo—, Maximiliano acompaña a su hermano. Ambos entraron en Raab después del general Schlick (27 de junio de 1849). Ambos tomaron parte en los combates entre Raab y Kmorn. Una vez caída Budapest, la represión es brutal. Los que desempeñaron un papel importante en la rebelión, son ejecutados. El primer ministro es fusilado con trece generales y son ahorcados cien notables. Además, son aprisionadas dos mil personas por orden del comandante en jefe austriaco, el barón Hayman, que hace azotar en público a cierto número de mujeres.

Francisco José aprueba estas medidas. Pero Max está indignado. En su *Diario,* único confidente de sus pensamientos íntimos, escribe: "Llamamos a nuestra época tiempo de luz, pero también se hablará de sombras. En muchas ciudades de Europa, la posteridad considerará con estupor y horror a los tribunales que, sin base legal y por la sola fuerza, condenaron, por influencia de la venganza rencorosa, a personas a una muerte a corto plazo, probablemente porque querían otra cosa que aquello que deseaba el poder que se coloca por encima de la ley..." Y, evidentemente, se abre un abismo entre los dos hermanos. Abismo tanto más profundo, cuanto que se acentúan las diferencias de carácter. La sequedad de corazón de Francisco José hace contraste con la bondad de Max. Hablando de este último, su cuñada Isabel dirá: "Hubiera descubierto una partícula de bondad incluso en un criminal y hubiera hecho todo por ayudarlo."

*
* *

En 1850 Maximiliano tiene dieciocho años. Aspira a alejarse, a ver países nuevos, a escapar de la tutela familiar, a apartarse del presente que, sin cesar, hiere sus ideas, sus sentimientos. Se arroja al mar que puede colmar, así lo cree, su deseo infinito.

Se organiza un viaje para él y para su joven hermano Carlos Luis a bordo de la corbeta imperial *Vulcain.* El príncipe Jablonowski, uno de sus amigos, el viejo profesor Kolkenbeck, el maestro de dibujo, Geiger y el médico de la corte, doctor Fritsch, acompañan a los príncipes. Bajo el mando del almirante Julius Wissiak, salen de Trieste con destino a Grecia y a Asia Menor.

Grecia, independiente desde 1829, está gobernada por el Príncipe bábaro Otón. No es éste un país seguro. Maximiliano lo observa todo y anota sus impresiones en su *Diario.* El bandolerismo es aquí una institución, escribe. "Teniendo derecho a poseer armas todos los hombres que combatieron en la guerra de Independencia, les es fácil el robo. Con frecuencia es atacada una casa en plena ciudad..." La moralidad de los griegos no está a un nivel muy elevado, y éste no ha sido levantado por la idea de monarquía, de patria, de amor fraterno. "Lo que los guía, es su interés personal; incluso los matrimonios no se efectúan por amor; en la mayor parte de los casos, son tratos; el sentimiento de causar perjuicios a otro por el placer de llenar la bolsa".

Los viajeros desembarcaron en Patras. Desde allí irán a caballo hasta Nauplia en donde encontrarán de nuevo su embarcación. El cónsul austriaco fue encargado de organizar la expedición. Singular cónsul que recibe a los príncipes en vestido de casa de la mañana, y les presenta, para recorrer los doscientos kilómetros que separan Patras de Nauplia, unos pobres rocines terriblemente flacos y cuyo arnés consiste en "un conjunto de cadenas, de cuerdas y de cabos de cuero". Por toda escolta ha previsto dos gendarmes bávaros vestidos de griegos. Sin embargo, no surge ninguna dificultad. Se escapa por poco de los bandidos, y finalmente llegan sanos y salvos a Nauplia donde espera el *Vulcain* que pronto hace rumbo al Pireo.

Allí, los príncipes son acogidos por el encargado de asuntos austriacos y por el general Griva, chambelán del rey, que los invita a hospedarse en el palacio real. Es un verdadero griego este general en quien el rey tiene toda confianza. Sin duda su pasado es un tanto oscuro, y las malas lenguas aseguran que tiene cierta propensión al robo. Su aspecto, por otra parte, recuerda al de un bandido: color y cabellos extraordinariamente negros, aire sombrío, expresión amenazadora. Felizmente el encantador traje del país endulza esta severidad.

En el palacio, Maximiliano y Carlos Luis son recibidos por la reina Amalia, hija del gran duque de Oldenburgo. Es una hermosa dama en todo el resplandor de sus treinta y dos años. Maximiliano, ya sensible al encanto femenino, se siente tocado por su "dignidad y su amabilidad". Y más todavía cuando la ve sobre su caballo turco. Con su hermano acompañó a la soberana. "Espectáculo verdaderamente admirable tanto como agradable. Monta magníficamente en silla y conduce su caballo a gran galope por lugares donde nuestros más célebres caballistas apenas osarían pasar al paso..."

En compañía de la reina ambos jóvenes visitan los lugares más pintorescos. Max experimenta un respeto más y más grande por Amalia. Esta hermosa mujer, esta amazona emérita, es también una soberana cabal. "Bien se ve que es ella quien sostiene el trono nuevamente establecido en Grecia por su influencia personal en el afecto de su pueblo". Un trono por lo demás no muy sólido porque este pueblo es duro de manejar. Hace algunos años amenazó deponer al rey si éste no le concedía una constitución. Maximiliano que, en el aniversario de la revolución de 1843, acompaña a Amalia a la catedral, observa que ella "conserva los labios apretados en vez de abrirlos para orar". Siente que no existe un acuerdo perfecto entre la monarquía y los griegos. En efecto, de aquí a poco, el experimento terminará mal. Once años más tarde ocurrirá un atentado contra la vida de la reina, y unos meses después los soberanos serán arrojados por la revolución.

De Atenas, el *Vulcain* lleva a sus pasajeros a Esmirna. En Maximiliano, se maravilla el poeta. "La primera mañana en Asia Menor, la primera en el imperio otomano, nos sonríe jubilosamente. Ante nosotros se extendía el Oriente con sus riquezas, su vegetación, sus mil deslumbramientos que cautivan los sentidos. Las flores de Asia se abrían ante nuestros ojos; se realizaban nuestros sueños largamente acariciados..."

En estos lugares encantadores se paladean todos los placeres; la vida es una fiesta perpetua. En el bazar se compran "regalados" tapices persas. Van al baño turco, fuman en narguile, saborean sorbetes. En honor de los jóvenes visitantes, el gobernador Alí Pachá ofrece una suntuosa comida en el transcurso de la cual "con la mayor cortesía, arranca del trozo de carne un hueso que presenta a su huésped distinguido con una amable sonrisa, exactamente como si fuese una flor".

Pero Maximiliano experimenta la impresión más viva, la más profunda, en el mercado de esclavos, en Esmirna. Ha sido difícil llegar hasta allí porque, presas de una vergüenza confusa, los turcos les afirman a los cristianos que ya no existe. Sin embargo, todavía existe, y Maximiliano le sugiere al maestro de dibujo, Johann Geiger, que fije la escena. Una emoción nueva turba al joven ante este espectáculo que no olvidará jamás. "Me asusta la vista de una mujer desnuda; creo que el pecado es irresistiblemente atractivo" El archiduque se ha convertido en un hombre.

*
* *

Decididamente, el mar seduce a Maximiliano. En octubre de 1850 entra en la marina con el grado de teniente. Pobre marina apenas conocida de los austriacos. Potencia esencialmente continental, Austria ha descuidado su flota que para ella no tiene prestigio. En sus pocos barcos, la mayor parte de la tripulación, hombres y oficiales, son en su mayor parte italianos. No quieren recibir órdenes sino en su idioma y se rehúsan a entender el alemán. Casi todos pertenecen al movimiento *Joven Italia*. Durante una revuelta en 1844, un teniente y un alférez, los Bandieras, hijos de un almirante, fueron ejecutados. En 1848, cuando Venecia se levanta contra la dominación austriaca, los oficiales de origen italiano se adhieren a la causa revolucionaria, y los barcos, privados de sus cuadros, son inmovilizados, lo que les permite a los sardos convertirse en dueños del Adriático. Cuando éstos, aplastados en Novara (marzo de 1849), se vean obligados a soltar dondequiera la presa, los austriacos, liberados, harán un esfuerzo por renovar su flota. Llaman a un danés, el almirante Dahlerup y a marineros alemanes y daneses. Después, el ejemplo de Maximiliano incita a cierto número de jóvenes austriacos a hacerse marinos.

Desde su llegada a Trieste, el archiduque se presentó a Dahlerup que queda favorablemente impresionado por su inteligencia y ardor. Inmediatamente trata de informarse, de instruirse. Y mide la amplitud de la tarea: construir barcos y darle espíritu de cuerpo a sus dotaciones.

Pero la mayor parte de los oficiales, los mayores sobre todo, desconfían del celo de Maximiliano que no encuentra entre ellos ni comprensión ni apoyo. Únicamente un joven alférez, Wilhelm Tegetthoff, le testimonia calurosa simpatía. Apasionado él mismo por su oficio, espera que el príncipe sabrá interesar a su hermano el emperador por la suerte de la marina. Este muchacho tranquilo, de ademanes reservados, oculta, bajo su apariencia modesta, una voluntad de hierro, una resolución inquebrantable.

En adelante Maximiliano y él tendrán largas conversaciones a propósito de los problemas que interesan a la flota. También discusiones, en las que cada uno defiende su punto de vista con tanto calor que se llega a la disputa. Tegetthoff, que no desiste de sus opiniones, no es un carácter que ceda ante el rango de su interlocutor.